ENRIQUE GIL Y ROBLES: LA RESPUESTA DE UN PENSADOR CATÓLICO A LA CRISIS DEL 98

POR

FELIPE ALFONSO ROJAS QUINTANA
Universidad Complutense

RESUMEN

En este trabajo el autor presenta la figura de Enrique Gil y Robles y la solución que como pensador católico ofreció ante las consecuencias del desastre de 1898, encaminadas a mantener la dignidad de España.

PALABRAS CLAVE: Enrique Gil y Robles. Desastre de 1898.

ABSTRACT

The current article shows the figure of Enrique Gil y Robles and the solution that he himself, as a catholic thinker, offered in view of the results of 1898's disaster, in order to defend the honour of Spain.

KEY WORDS: Enrique Gil y Robles. 1898's disaster.

Entre los intelectuales de fin de siglo que más contribuyeron a la formación de un auténtico pensamiento católico tradicional, se encuentra Enrique Gil y Robles. Aunque fue un catedrático de Derecho Político de gran prestigio que tuvo a Unamuno como compañero a principios de siglo; su obra y su vida están injustamente olvidadas. Veamos pues algunos rasgos de su vida.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra, 53 (2001)

Enrique Gil y Robles nació en Salamanca el 15 de junio de 1849. Su padre Eugenio Gil y Carrasco, nació en Villafranca del Bierzo (León) el 15 de noviembre de 1819, era hermano del gran novelista Gil y Carrasco. La madre de Enrique Gil y Robles se llamaba Matilde Robles Burruezo. A los pocos años esta murió y la vida del joven Enrique continuó en Salamanca, donde hizo en su Universidad los estudios de la Facultad de Derecho hasta la licenciatura, y el doctorado en Madrid, en 1874, mereciendo su memoria y la defensa de su tesis, los mayores elogios de Giner de los Ríos, que desde aquel día le distinguió con su amistad y afecto. En 1873, ganó en brillantes oposiciones la Cátedra de Derecho Político y Administrativo de la Universidad de Salamanca, que ocupó hasta su fallecimiento, y en la que brilló como un astro de primera magnitud, siendo respetado y considerado por todos sus compañeros como autoridad suprema e indiscutible dentro de su especialidad¹. De su vida personal José María Gil Robles en sus memorias nos ha ofrecido los siguientes datos:

Enrique Gil y Robles se casó con Petra Quiñones Armesto, natural de Ponferrada (León) y fruto de ese matrimonio nacieron:

- José Manuel, nacido el 17 de enero de 1897 y muerto a los diez días.
- Carmen, nacida el 3 de febrero de 1894 y muerta el 23 de abril de 1949 en Santander.
- José María, nacido el 27 de noviembre de 1898 en Salamanca y muerto en Madrid el 14 de septiembre de 1980.

Un escritor salmantino, Cándido Rodríguez Pinilla, le dedicó al recto moralmente y al gran intelectual que era Enrique Gil y Robles el siguiente soneto.

«Fija siempre la vista en el pasado,
un romántico es impenitente.
Y el hondo amor que hacia lo antiguo siente,
y el mejor patrimonio que ha heredado.

Alma de apóstol, limpia de pecado,
orador como pocos elocuente,
poseía la fe de un gran creyente
y una viva pasión de iluminado.

En la tribuna y en el aula enseña
como la más sagrada disciplina,

¹ Enrique ESPERABÉ DE ARTEAGA (ex rector de la Universidad de Salamanca y Ex-senador del reino), *Diccionario Enciclopédico Ilustrado y Crítico de los Salmantinos Ilustres y Beneméritos*, Madrid, Gráficas Ibarra, 1952. p. 81.

al par que lo que sabe, lo que sueña.

Tal vez ya rechacemos su doctrina,
tal vez ya el mundo su ideal desdeña
mas, ¿quién ante su sombra no se inclina?»².

A lo largo de toda su vida fue don Enrique un hombre muy versado en letras. Por ejemplo, cuando solo contaba con 22 años de edad pronunció un discurso el 1º de octubre de 1872 en la inauguración del curso académico del Instituto de Segunda Enseñanza Libre de Ponferrada, en el que demostró poseer unos excelentes conocimientos literarios. En aquel año Gil y Robles ya era Bachiller en Filosofía y Letras, Licenciado en Derecho Civil y Canónico y Profesor de Psicología, Lógica y Ética del mismo instituto³.

Asimismo, de la misma manera que Menéndez Pelayo, se enfrentaría con quienes discrepaban de sus métodos de estudio. Sin embargo, era una persona respetuosa con los demás hasta el punto de ser admirado por sus adversarios ideológicos. Tal es así que Giner de Los Ríos estimaba que Gil y Robles era el escritor y pensador de más sólida formación de la escuela católica española en lo referente a ciencias políticas. La apreciación de Giner se confirmó andando en el tiempo: el *Tratado de Derecho Político* de Gil Robles no tiene igual, ni por aproximación, en la literatura política católico-hispana⁴. Este talante respetuoso y moderado le llevó a decir a su hijo José María Gil Robles casi setenta años después en sus memorias que su padre era «demócrata en lo más profundo del alma, además de admirador entusiasta de todas las órdenes religiosas»⁵.

² José María GIL ROBLES, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968. p. 18.

³ Enrique GIL Y ROBLES, *Discurso escrito para leer el día 1º de Octubre de 1872 en la inauguración del curso académico del Instituto de 2ª enseñanza libre de Ponferrada por D. Enrique Gil y Robles, Bachiller en Filosofía y Letras, Licenciado en derecho civil y canónico y profesor de psicología, lógica y ética del mismo establecimiento*, Oviedo, 1872. En este pequeño folleto, que se encuentra en la Biblioteca Nacional están contenidas sus ideas estéticas y literarias, que son un reflejo de sus preocupaciones políticas. Defiende los dramas de Lope de Vega y Calderón de La Barca porque «aparecen cómo eran los españoles de aquel tiempo» (p. 15) En el discurso se pone de relieve su preocupación por la identidad de la literatura española: «Si hoy cuando innumerables trastornos y hondas perturbaciones van poco a poco borrando los rasgos de nuestra nacionalidad, las prendas distintivas del honrado carácter español, aun vive el espíritu de héroe de la mancha en muchos cuerpos tiranizados por los caprichos del figurín francés, ¿no habrían de abundar por todas partes Quijotes en el siglo de Felipe IV, en la época de las costumbres galantes, de las romancescas aventuras y de los arrojados temerarios?» (p. 34). Para Enrique Gil y Robles hay que defender el clasicismo dramático propiamente español y no el ataviado a la francesa que representa Moratín.

⁴ Adolfo POSADA, *Fragmentos de mis memorias*, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones «Cátedra Aledo», 1983. p. 269. Adolfo Posada fue uno de los profesores que impartieron el doctorado a José María Gil Robles en la Universidad Central; en el curso académico de 1919 a 1920.

⁵ José María GIL ROBLES, *op. cit.*, p. 20.

El principal centro donde Enrique Gil y Robles desarrolló su actividad intelectual fue la Universidad de Salamanca. En el año del «desastre» destacaban tres figuras en esta Universidad: don Miguel de Unamuno, don Pedro Dorado Montero y don Enrique Gil y Robles, el gran maestro de Derecho Político. Sus alumnos lo recordaron durante el resto de sus vidas como una figura muy fina, agradable y atractiva. Uno de ellos Enrique Sánchez Reyes nos ha dejado unos papeles inéditos que permiten reconstruir como era el ambiente universitario de Salamanca en 1898, así como la personalidad y el contenido de sus clases de Derecho Político que se destacaban por sus fuertes críticas a la Constitución de 1876:

«Había que verle y oírle en su clase de Derecho Político de la Universidad de Salamanca. No explicaba desde la alta plataforma en que se hallaba la mesa profesoral, sino de pie, junto a los alumnos, ligeramente apoyado unas veces en la baranda de la tribuna o paseando calmosamente otras ante los primeros pupitres. Desarrollaba primero la lección correspondiente al día, con exposición clara y ordenada, con fluidez y elegancia oratoria. Para mí, tu padre hablaba mucho mejor que escribía; era el perfecto orador académico.

Terminada la lección, sacaba del bolsillo superior de la chaqueta un blanquísimo pañuelo, con el que frotaba sus quevedos de cristal azul, abría el librito de la Constitución, leía uno de sus artículos, descabalgaba de la nariz los cristales, volvía a limpiarlos –pues esto parecía en él como un tic nervioso– y, dirigiéndose por lo general a uno de los alumnos más torpes de la clase, decía: “Vamos a ver cómo parafrasea usted este artículo de nuestra Constitución.” Y en sus vivaces ojillos, no sólo en sus labios, asomaba una sonrisa de complicidad inteligente.

Aquel alumno solía limitarse a poco más que volver a leer el artículo citado de nuestra ley fundamental (...) en su desconcierto, balbuceaba algunas incoherentes frases, hasta que el profesor volvía a intervenir: “Bien. Háganos usted ahora la exégesis del artículo.” Don Enrique, comentábamos en voz baja los demás alumnos, viene hoy de buen humor, dispuesto a brindarnos el toro. Y, efectivamente, después de aquel floreo preliminar tomaba la palabra y era entonces cuando llegaba la verdadera exégesis del artículo de nuestra Constitución del 76, comparándolo con los de las Constituciones españolas anteriores, a partir de 1812, y de las Constituciones de algunos otros Estados, a la vez que exponía comentarios filosóficos e históricos tan profundos, tan oportunos, tan amenos, tan inten-

⁶ Enrique SÁNCHEZ REYES, *In memoriam*, pp. 8-9. (documento inédito manuscrito mecanografiado por don Pablo Beltrán de Heredia); se trata de una carta que el tío de Beltrán de Heredia, Enrique Sánchez Reyes, escribió a José María Gil Robles. Casi con toda seguridad no llegó a ser enviada a su destinatario. De haberse remitido en su momento parece lógico suponer que se habría conservado, en todo caso, la copia del texto mecanografiado, más bien que el borrador manuscrito. Tengo que agradecer a don Pablo Beltrán de Heredia haberme cedido uno de los ejemplares mecanografiados de este interesante documento inédito. En dedicatoria autógrafa de 30 de noviembre de 1976, don José María Gil Robles escribía al frente de su libro *La monarquía por la que yo luché*: «A Enrique Sánchez Reyes, en recuerdo de una amistad inquebrantable a través de los años y de las vicisitudes de nuestras vidas.» La carta es un documento de auténtico valor. Su lectura contribuye a la reconstrucción del friso histórico de la Universidad de Salamanca a finales del siglo XIX.

cionados, que sólo el gran respeto que sentíamos por don Enrique nos impedía aplaudir»⁶.

El antiguo alumno de don Enrique continúa describiendo las peculiaridades de su profesor; una de estas era la preocupación en el conocimiento íntimo de cada alumno desde los primeros días de clase. Sin embargo, lo más importante del documento son sus explicaciones en clase ante ciertos temas como el feminismo y las relaciones entre Iglesia y Estado, así como el consejo de Giner de los Ríos a la difunta esposa de Enrique Gil y Robles:

«Trató luego el tema del feminismo, de la inadecuada relación que estaba recibiendo la mujer, aun en los colegios de religiosas. A su juicio, las alumnas de esos centros en modo alguno salían preparadas para ser las perfectas casadas que pedía Fray Luís de León, para ser amas de casa, porque, descuidando las fundamentales enseñanzas del hogar, se las instruía, por el contrario, en las más variadas e inútiles artes o labores de adorno: “saben tocar al piano unos valeses, pintar a la acuarela unas flores, decir en francés, con mejor o peor pronunciación “Bonjour madame”...y hasta tienen sus toquecitos de cultura general con algún que otro conocimiento de álgebra, física y química, sin duda, para poder averiguar el coeficiente de calorías necesarias para asar un pollo...” Habían surgido ya las primeras sonrisas, reprimidas, y los cuchicheos entre los alumnos. Todos teníamos la mirada fija en el profesor, escuchándole atentamente.

Tras una breve pausa, abordó después el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, insistiendo en que este empobreció a la Iglesia con el denominado por Menéndez Pelayo inmenso latrocinio de la desamortización, impidiéndole así ejercer, en gran parte, su bienhechora influencia social, de docencia y de caridad: “Hoy con la fórmula de la Iglesia libre en el Estado galgo, con el uso y aun abuso de los privilegios de presentación otorgados por la Iglesia en tiempos de mayor armonía entre ambas potestades –la espiritual y la temporal– a otras monarquías que los merecieron, la política se entromete en todo y hasta pretende corromper las cosas más santas...”

El bedel abrió la puerta para dar la hora; pero el profesor continuó en el uso de la palabra. Aún no había pronunciado su última e intencionada frase, a manera de broche en los grandes días de conferencia magistral: “...bien saben ustedes, queridos alumnos, que son inútiles cuantas artimañas y añagazas pueda emplear el Estado contra la Iglesia de Cristo, porque, aunque ésta aparezca en algún momento humillada y vencida, non praevelunt (...) Sí, puedes estar orgulloso de tu padre, santo y sabio, que tuviste. Fue un acierto que tu madre, aconsejada por don Francisco Giner de los Ríos, se decidiera a legalizar la unión de tus apellidos, perpetuando de esta manera su memoria, no sólo a través de ti, sino de tus hijos y de los hijos de tus hijos, durante muchas generaciones⁷. Creo, sin embargo, que aunque Giner de los Ríos no se hubiera empeñado en dar estado legal a esa unión de patronímicos, también serías tu hoy conocido como José María Gil Robles. Por la sencilla razón de que tu padre, aunque firmara Gil y Robles, desde el momento en que

⁷ Por tanto el anterior Presidente del Parlamento Europeo Don José María Gil Robles y Gil Delgado debe su primer apellido a Giner de los Ríos que gracias a él y a su discípulo Bartolomé Cossío se cambió el apellido original del hijo de Enrique Gil y Robles, José María Gil Quiñones por el de José María Gil Robles y Quiñones; el líder de la CEDA.

⁸ *In Memoriam...*, pp. 12-15.

adquirió en Salamanca cierta popularidad extrauniversitaria, fue conocido solamente como Gil Robles. Lo mismo que tú, al ingresar en la universidad, incluso antes de que tuvieras legalmente derecho al uso del apellido compuesto»⁸.

Cuando estaba avanzado en edad y consagrado intelectualmente, Enrique Gil y Robles empezó a reservarse y solo tomaba parte en las grandes solemnidades y en fiestas de verdadera trascendental importancia. En los Claustros ordinarios y extraordinarios en las juntas de la Facultad y dentro de la Universidad se mantuvo a la cabeza de todos en las filas de la derecha mientras que Dorado Montero y Arés capitaneaban a las izquierdas. Fue Decano interino de la Facultad de Derecho, miembro correspondiente de Instrucción Pública, para cuyo cargo le nombró el Ministro Sr. Conde Romanones, mediante indicación amistosa de D. Francisco Giner de los Ríos⁹. En 1903, cansados y los catedráticos y doctores de la Universidad de Salamanca de tener como representantes en la Alta Cámara Parlamentaria a personalidades de escasa influencia y poco hábiles, pensaron unirse todos, dejando al margen sus ideas a fin de votar para senador a Gil y Robles. Pero se adelantaron los carlistas de Pamplona y le eligieron para ocupar un puesto en el congreso. Sus intervenciones parlamentarias se pueden consultar en el diario de sesiones de 1903 y 1904¹⁰. En esta legislatura Gil y Robles pronunció ciceronianos y magníficos discursos, que produjeron el asombro y emoción en el auditorio. No obstante, como hombre bueno, honorable y virtuoso, en el que nunca anidaron las pasiones ni los malos instintos, se adaptó mal al ambiente político, hasta tal punto que no quiso volver a ostentar representación en los Parlamentos. Romero Robledo, se lo dijo varias veces al observar la dignidad con que se conducía, la nobleza de sus actos y de su proceder caballeroso y fino: «*Es usted tan educado y atento, amigo Gil Robles, que dudo mucho consiga ver con indiferencia y sin inquietarse las cosas que aquí pasan*»¹¹. Así se expresó con él, el batallador Diputado. Redactó, en nombre de la Universidad de Salamanca y por acuerdo del Claustro de 1902 a 1906, los informes pedidos por el Gobierno sobre reformas en los Centros Docentes y la discutida conveniencia de una autonomía universitaria, y de tal manera se condujo y tan magistrales resultaron sus memorias y trabajos que al Conocerlos el Conde de Romanones, Ministro entonces de Instrucción Pública dijo: «*Está bien visto, la Universidad de Salamanca es intangible y sigue a la cabeza de todas las españolas. Así lo demuestra Gil Robles*»¹². Después de abandonar el congreso, el gran pensador tradicionalista se dedicó por entero a su familia, a

⁹ Enrique ESPERABÉ ARTEAGA (catedrático numerario de la ilustre escuela): *Historia de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 1917. p. 789.

¹⁰ DSC de los días: 18-5-1903, 12-6-1903, 18-6-1903, 1-7-1903. 10-7-1903, 6-11-1903, 7-11-1903, 23-11-1903, 25-11-1903, 26-11-1903, 29-11-1903, 9-12-1903, 10-12-1903, 21-3-1904, 22-3-1904, 30-5-1904, 11-6-1904.

¹¹ Enrique ESPERABÉ DE ARTEAGA, «*Diccionario ilustrado y crítico de los salmantinos ilustres y beneméritos...*», *op. cit.*, pp. 81-82.

¹² *Ibidem*, p. 82.

sus alumnos y a educar a su único hijo varón, el futuro líder de la CEDA. Por desgracia una hemiplejía acabó con su vida el 26 de junio de 1908. Al día siguiente tuvo lugar el entierro, ajustándose a las normas de extrema humildad que había dejado dispuestas. El féretro fue conducido a hombros por sus alumnos y ni siquiera figuró en el acompañamiento, como era de costumbre, una comisión del claustro universitario. En las esquelas de defunción no se hizo constar otro título que el de «terciario carmelita», ya que antes había renunciado a la gran cruz de Alfonso XII, que le había sido concedida por el Gobierno¹³.

ENRIQUE GIL Y ROBLES JUZGA A JOAQUÍN COSTA: LA SOLUCIÓN DE LA IGLESIA AL 98

Aunque la obra de Derecho Político y Administrativo del gran intelectual salmantino es muy amplia¹⁴, existen varias relacionadas con el 98, de las cuales una de las más importantes de la que podemos entresacar muy interesantes conclusiones, son sus comentarios al libro de Joaquín Costa *Oligarquía y Caciquismo*, que fue un informe pedido por el Ateneo a Gil y Robles y dirigido en forma de carta a Joaquín Costa¹⁵. Este pequeño folleto que se encuentra semidestruido en la Biblioteca Nacional, es especialmente interesante. Lo que resulta de la lectura de este informe es que don Enrique en 1900 discrepa de las soluciones regeneracionistas de Joaquín Costa. Para don Enrique, España padece de la misma crisis que sufren otras naciones. Esta se manifiesta en la clase oligárquica burguesa que gobierna España. En líneas generales, la solución está en un tónico regenerativo de sobrenaturalismo católico libremente administrado por la Iglesia. Esta se apoyará en la realeza. Es decir, las dos Instituciones básicas del Antiguo Régimen. Juntas extirparán el extendido e interno cáncer parlamen-

¹³ José María GIL ROBLES, *op. cit.*, pp. 21-22. El autor de esta comunicación ha visitado en el cementerio de Salamanca la tumba de Enrique Gil y Robles. La localización de la tumba se encuentra en los libros de enterramiento del cementerio; la tumba está en *San Francisco Javier, Zona 1ª número 6*. En su lápida se ha borrado toda inscripción. El único de los nietos de Enrique Gil y Robles que ha visitado la tumba ha sido Alvaro Gil Robles, el antiguo defensor del pueblo, hermano del anterior Presidente del Parlamento Europeo. Actualmente, Álvaro Gil-Robles es Comisario de derechos humanos del Consejo de Europa.

¹⁴ Enrique GIL Y ROBLES dejó publicadas las siguientes obras: *La libertad universitaria*, Madrid, 1882; *Ensayo de metodología jurídica*, Salamanca, 1893; *El absolutismo y la democracia*; Discurso inaugural del curso académico de 1891 a 1892, Salamanca, 1891; *El catolicismo liberal y la libertad de enseñanza*, Salamanca, 1896; *Guía para el estudio del derecho administrativo*, Salamanca, 1899; *Tratado de Derecho Político según los principios de la Filosofía y el Derecho cristianos*, 2 vols., Salamanca, 1899-1902. En 1961 se imprimió una edición moderna del manual por la Casa Afrodísio Aguado, con la puntuación corregida por Pablo Beltrán de Heredia.

¹⁵ Enrique GIL Y ROBLES, *Oligarquía y Caciquismo*. (Naturaleza, causas, remedios y urgencia de ellos.) Informe pedido por el Ateneo de Madrid y evacuado en forma de carta al señor don Joaquín Costa, Salamanca, 1900.

tario al que don Enrique identifica con el virus liberal. Sin embargo, esta Monarquía no tiene que ser absoluta y tiránica sino que deberá ser templada, con ingredientes cristianos y libre gobierno representativo. Don Enrique tampoco está de acuerdo con Costa en el concepto clásico de oligarquía. Los dos intelectuales no se ponen de acuerdo acerca de cual es la naturaleza de la enfermedad que vive España, por lo que tampoco hay un acuerdo respecto a la solución. Para don Enrique la oligarquía española era una burguesocracia tiránica que sólo se parecía al feudalismo en lo accidental y tiránico. Esta burguesocracia estaría formada por todas las capas de la clase media, que se habrían constituido en una empresa mercantil e industrial para la explotación de España. Sería pues, una tiranía formada por unas personas. Éstas serían los caciques:

«A esta jerarquía en que a los grados más o menos subalternos, especialmente a los locales, se ha convenido en designar con el nombre, para ellos benigno, de caciques comparándolos con la organización feudal en que sólo se parecen en lo accidental y externo»¹⁶.

Joaquín Costa decía que para acabar con esta oligarquía, era necesario un poder personal. Lo cual era incompatible con grado alguno de régimen representativo. Pero don Enrique rechazaba la dictadura porque decía que: «Es arma de dos filos, que lo mismo que sanar y reconstruir, puede matar la libertad y la justicia a un mismo tiempo y erigir por plazo indefinido a un régimen de despotismo, tiranía e iniquidad, sostenidos, más aun que por el terror y la fuerza, por la indiferencia escéptica, por la depresión y abatimiento serviles del espíritu público»¹⁷. y concluye: «No es el dictador un genio benéfico, sino una medianía audaz y desalmada (...) Más por arriesgado, peligroso y de resultado harto problemático que sea este recurso, no queda generalmente otra tabla de salvación a las naciones que naufragan en la tabla mesocrática de apariencias democráticas y representativas»¹⁸.

La clave de todo este asunto está en la realeza restauradora que tiene un poder paternal sobre el pueblo. Esta realeza sería el punto de partida de la reivindicación y de la reorganización, el punto de apoyo de la palanca y la fuerza misma restauradora de la Patria que arranca los miembros putrefactos y salva del contagio la parte sana de la sociedad. «El Rey practica como padre estas operaciones dolorosas, con mano firme y pía a un tiempo, y cuando castiga severo, templá el rigor con la dulzura y en la acerbidad correctiva mezcla el cal-

¹⁶ *Ibidem*, p. 13.

¹⁷ *Ibidem*, p. 29.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 29-30.

mante del amor paternal. (...) La monarquía absoluta no prolongará el omnímodo poder personal del dictador sino que procurará reanudar lo más pronto posibles la “áurea cadena de la gloriosa tradición representativa”¹⁹. (Que lógicamente para don Enrique tiene que ser medieval, moderada, templada e histórica.)

Lo que es evidente es que Enrique Gil y Robles se opone a las soberanías despóticas porque su injusticia consiste en el desorden y en el abuso del poder. En realidad, estas ideas que expone en estos comentarios al libro de Joaquín Costa, son una repetición de las ideas que el ya había expresado en otro de sus libros anteriores. Concretamente su discurso sobre el absolutismo y la democracia, anteriormente citado. Como solución al 98, don Enrique propone una monarquía, pero no despótica, porque su injusticia consiste en el desorden y en el abuso del poder. Para él una especie de despotismo es la dictadura. Tanto las monarquías absolutas como las repúblicas serían dictatoriales. Si la monarquía absoluta es una dictadura, esta sería para don Enrique porque habría nacido de una situación de profundo desorden y de desgobierno en toda la sociedad. Las repúblicas solo llevarían al caos y al desorden, y la dictadura sería una sustitución más o menos duradera pero sin las moderaciones que la tradición y la Historia habrían ido rodeando. Pone como ejemplo de dictadura nacida de una situación de desorden al la dictadura romana del Imperio, que nació de una guerra civil. Es lo que el denomina como cesarismo, que es una dictadura que tiende a hacerse hereditaria, a perpetuarse en forma de sucesión monárquica. Don Enrique identifica a la monarquía absoluta cesarista con una monarquía pagana, que es la antítesis cristiana de monarquía católica moderada y templada. La monarquía cesarista sería esa serie de poderes absolutos que gobernarían según los principios y prácticas de un derecho y de una política pragmática. Sin ningún tipo de sentido ético ni religioso. Es decir, una invasión injustificada del poder soberano en la esfera de la libertad personal²⁰.

Sin embargo, el eco que produce el 98 en el pensamiento de don Enrique, no se va a quedar reducido a los agudos comentarios del pensamiento de Joaquín Costa. Su pensamiento iría mucho más allá; reduciendo el Gobierno al mínimo, con el fin de respetar la libertad del individuo para que no estuviera sometido a una única ley válida para todo el Estado. El quería que se respetasen los fueros y las identidades regionales así como las de los ayuntamientos y las de las familias. Es decir, toda esa serie de sociedades infraestatales que el liberalismo centralista del siglo XIX jamás respetó, según el pensamiento del insigne pensador tradicionalista, quien en 1899 decía lo siguiente: «Este es el ideal: que el Gobierno sea el menor, aunque si el superior gobernante; en esto consistiría el

¹⁹ *Ibidem*, pp. 31-32.

²⁰ Enrique GIL Y ROBLES, «El absolutismo y la democracia...», *op. cit.*, p. 37.

selfgovernment bien entendido. La ciencia y los principios de tal autarquía contiéndelos el derecho cristiano, al contrario del derecho liberal, cuya tendencia especulativa, cuyos vicios cada vez mas extendidos y arraigados confían a una administración despótica avasalladora y absorbente de toda la dirección y aun realización de la vida social hasta el círculo más defendido por la naturaleza: la familia»²¹.

Es por esa razón por lo que su solución al problema de España no puede ser interpretada como reaccionaria. Se acerca más al pensamiento de un conservador católico, por su respeto a la Iglesia y su amor a la vida rural. Su solución al «desastre» esta cargada de regeneracionismo católico tradicional, especialmente en su idea de monarquía, que no es borbónica sino bajomedieval. A diferencia de Joaquín Costa, la imagen del Estado que tiene Enrique Gil y Robles es muy tradicional, otorgando un papel muy importante a la Iglesia católica, para el insustituible en todos los ámbitos de la vida humana. Para don Enrique la educación tendría que estar dirigida por la Iglesia y nunca por el Estado liberal, que el identificaba con el Estado aconfesional o ateo. Por supuesto que estas ideas de regeneración de España, desde un punto de vista católico tradicional, las desarrollaría mucho más ampliamente en su *Tratado de Derecho Político*, del que Giner de Los Ríos, amigo íntimo de Gil y Robles, hacía grandes elogios en público. Esta obra consta de dos volúmenes. El primero fue publicado en 1899, tardando 31 meses, desde septiembre de 1896 hasta mayo de 1899. El segundo volumen fue publicado en 1902, tardando un tiempo similar. La solución para España que propone don Enrique en esta amplia obra, es una vuelta parcial a las instituciones del Antiguo Régimen. Su concepto de la nación es la de una especie de familia natural compuesta por individuos. Como miembros de esa nación los individuos formarían parte de otras unidades infraestatales como la familia, el municipio, la provincia, la región...y así sucesivamente:

«En las sociedades incompletas aun debe ser menos frecuente e intensa la intervención del Estado, porque estas comunidades, son por naturaleza las más perfectas, en cierto respecto, y por ende las más aptas para el cumplimiento de los fines que se proponen (...) se manifiestan y logran en tales asociaciones los efectos y beneficios de la división del trabajo social, emprendido y fomentado por el colectivo esfuerzo, por la actitud y la vocación y por la misma espontaneidad a que estas sociedades deben su origen y progresos (...) ya hemos dicho que estas sociedades son manifestación y desarrollo de las colectividades públicas completas, partes del pueblo, provincia, región y nación, y órganos por los cuales realizan la más eficaz cooperación al fin social común aliviando a las autorida-

²¹ Enrique GIL Y ROBLES, «Guía y programa de Derecho Administrativo...», *op. cit.*, p. 18 (nota a pie de página).

²² Enrique GIL Y ROBLES, «Tratado de Derecho Político según los principios de la filosofía y el derecho cristianos...», *op. cit.*, pp. 25, 26 y 27.

des respectivas de atenciones que embarazan y dificultan el cumplimiento de los fines esenciales del poder público desde el municipal en adelante»²².

Por supuesto que para el eximio intelectual, la consecuencia del liberalismo sería el separatismo que amenazaría con desmembrar a la nación española. La solución está en conceder una mayor autonomía y descentralización posibles²³. Teniendo en cuenta que todo esto lo escribía don Enrique en 1899, llegamos a la conclusión de que el liberalismo sería el máximo responsable del «desastre del 98». La única salida para don Enrique está, como se ha dicho anteriormente, en una vuelta al Antiguo Régimen; entre otros motivos, porque el padre de José María Gil Robles y el abuelo del anterior Presidente del Parlamento Europeo era un gran admirador de la Edad media, como lo demuestra en las casi 1500 páginas de *Derecho Político* que escribió. La institución encargada de regenerar o de dar solución a los males de la Patria, sería la Iglesia, que para el gran intelectual castellano representaría las verdades concernientes al destino del hombre. Además, para don Enrique, la Iglesia es un elemento que garantiza la unidad nacional identificada con el espíritu nacional. Naturalmente la culpa de los males de la Patria, el año después de la derrota española, lo tiene el liberalismo, que es la negación de la funciones, oficios y deberes del Estado para con la Iglesia porque no acepta que sobre la comunidad nacional ni sobre el poder civil exista una sociedad o autoridad superior²⁴. Es decir, don Enrique identifica el liberalismo con el ateísmo porque lo mismo da negar resuelta y explícitamente la existencia de Dios como afirmarle de palabra y negarle de hecho, imaginándose una divinidad sin la esencia y atributos divinos²⁵. Lo cual nos lleva a afirmar, sin temor a equivocarnos, que don Enrique, ni siquiera concibe un liberalismo moderado o católico, porque bajo la fórmula de Iglesia libre en el Estado libre no solo se esconde un liberalismo radical de hecho, sino también teórico, profesado por estadistas que encuentran más cómoda y adecuada la fórmula para los fines de una política falaz, además de anticatólica²⁶.

Por último, para concluir con el análisis de su densa obra de *Derecho Político* solamente nos queda hacer mención a su visión de la sociedad, y en concreto a la misión de las clases sociales. Lo primero de todo es que cuando Gil y Robles decidió escribir unas líneas dedicadas a las clases sociales en la España de 1899, el mismo reconoció que la estructura social había cambiado mucho. Indudablemente ya no existían en España los tres órdenes jerárquicos de su Edad Media, a la que siempre contemplaba con mucha nostalgia. Consciente de

²³ *Ibidem*, p. 78.

²⁴ *Ibidem*, p. 188.

²⁵ *Ibidem*, p. 190.

²⁶ *Ibidem*, p. 196.

este problema, propuso una sociedad organizada en tres clases sociales; Nobleza, clases medias y clases manuales, en la que cada una de ellas tiene una misión que cumplir. En grandes líneas la Nobleza vendría a ser la clase dirigente. Su misión consistiría en ayudar a las clases más necesitadas. Por su parte la clase media, la burguesía y mesocracia modernas, serviría como un vínculo de armonía y fraternidad entre las dos clases extremas. Y por último, las clases populares, que deberían de estar integradas en gremios, tendrían la misión de ser las encargadas de fabricar los productos que requieren el empleo de las habilidades manuales:

«El deber social de la aristocracia deriva del primer concepto de la ley natural, que liga a todos los hombres y que se concreta de un modo especial y como oficio propio y característico de caridad y de nacionalidad en aquellos que Dios hizo superiores para encomendar las cargas y cuidados anejos a toda superioridad humana (...) Dificil situación de la clase media que no debe confundirse en las funciones de la aristocracia manteniéndose en una especie de dignidad con orgullo, el saber propio de la profesión, tienta a la vanidad al deseo de asaltar el puesto y las funciones de la clase superior cuya posición y prerrogativas se consideran ciegos caprichos de la fortuna y odiosos privilegios arrancados por la fuerza y sancionados por la injusticia. De aquí procede el desdén con que mira al pueblo y de la inclinación a desquitarse explotándolo y oprimiéndolo (...) la clase inferior (pueblo en estricto sentido, plebe proletariado, etc.) está formado por los que en las industrias materiales ponen el esfuerzo físico y el trabajo manual, bien por cuenta ajena o, en la pequeña industria, por cuenta propia»²⁷.

EL IMPACTO DEL 98 EN LOS DISCURSOS PARLAMENTARIOS DE ENRIQUE GIL Y ROBLES

Recordemos que don Enrique fue requerido por los carlistas de Navarra y fue elegido diputado a Cortes durante dos años (1903-1905). En sus numerosos discursos, anteriormente citados encontramos una preocupación constante por los problemas de España, aplicando para ellos una receta tradicional, sobre todo los relacionados con las relaciones Iglesia y Estado. Sin embargo hubo dos de ellos en los que se trató de lleno el tema del honor nacional. El primero de ellos fue el 6 de noviembre de 1903. Aquel día Gil y Robles planteó una pregunta al Gobierno sobre «el 98»:

«La pregunta que voy a dirigir al Gobierno me quema los labios, y al hacerla la sangre afluye hirviendo del corazón a la cara. ¿Es cierto que se propone el Gobierno enviar un buque de guerra español para festejar la Exposición que va a celebrarse en los Estados Unidos, o por mejor decir, para celebrar la adquisición de la Luisiana que fue nuestra, el

²⁷ *Ibidem*, pp. 339-340, 425, 442 (las páginas 339-340 corresponden a la edición de 1961).

²⁸ DSC, 6 de noviembre de 1903, p. 1621.

reciente despojo alegre de nuestras colonias, la atroz calumnia del Maine, el fusilamiento, también incalificable, monstruoso de los prisioneros de guerra cogidos en Santiago y sacrificados en montón en el buque Iaguan?»²⁸.

Aquel mismo día el Presidente de las Cortes señaló que no era momento de entrar en semejante discusión. El debate se aplazó hasta el 22 de noviembre. Esta vez la pregunta la dirigía directamente al Ministro de Marina, el señor Cobián. Gil y Robles clamaba contra la decisión del Gobierno de enviar un barco a Nueva Orleans olvidándose de todo lo que había sucedido:

«Yo señores, no quiero tocar la herida que está aun manando sangre, y por eso no quiero acordarme de todas las injurias que hemos recibido de la República modelo, no quiero acordarme de quienes, cómo y para qué atizaron el fuego de la insurrección cubana; donde estaban los Centros laborantes y el cuartel general de los rebeldes, donde sus recursos y arsenales, donde el lugar de refugio y de salida de las expediciones filibusteras. Olvidemos también si queréis, la atroz calumnia del Maine, que aun no se ha retractado, y sin que ningún Gobierno haya pedido todavía la más ligera retractación; olvidemos igualmente, como se preparó cautelosamente la guerra, sobre seguro, hollando las más elementales consideraciones del derecho de gentes (...)»²⁹.

La respuesta del Ministro de Marina se basó en que la defensa de la dignidad española pasaba por enviar un barco español a Nueva Orleans. Ya que lo contrario sería ir en contra de los dictados de la razón, del buen sentido y de la conveniencia de los altos intereses de la Patria. Después de esta intervención prosiguió el debate entre el Ministro de Marina y don Enrique; distinguiéndose ambos por la erudición histórica y la brillantez de ideas. Incluso Salmerón intervino en el debate sumándose a las críticas de don Enrique al Ministro de Marina, quien vio como su discurso era interrumpido por Nocedal y Gil y Robles. Para Cobián el futuro de la nación española no pasaba ni por el resentimiento ni por la revancha. El grado de importancia que fue adquiriendo este discurso llegó a implicar a los más altos dirigentes del partido conservador: Antonio Maura y Francisco Silvela. El 26 de noviembre de 1903 el diputado Bore y Romero intervino para apoyar el discurso de don Enrique Gil y Robles, el jefe de la minoría tradicionalista. A continuación habló Silvela, expresándose en los mismos términos que Cobián. A Silvela solo le interesaba el futuro, no el pasado:

«Yo creo que nosotros, más que tener resquemores y más que tener recuerdos tristes y dedicarnos aquí a decir frases románticas sobre desgracias pasadas, debemos dedicarnos por el contrario, a reconstituir las energías nacionales y a procurar que, en lo sucesivo, nuestra Patria esté en condiciones de que no sufra los desastres que en el pasado sufrió. Y es preciso señores Diputados, que queramos nosotros firmemente que en todas las fiestas

²⁹ DSC, 23 de noviembre de 1903, p. 2203.

de la cultura y de la civilización, sea donde sea el punto en que estas fiestas de la cultura y de la civilización se celebren, no falte jamás la bandera española; porque si faltara la bandera española, podría alguien suponer que estábamos tan pobres de recursos, tan exhaustos de energías, tan faltos de todo sentido de orientación, de civilización y cultura, que no queríamos que nuestro pabellón ondeara en esas fiestas. Yo creo, Sres. Diputados, que es más ocasión de dedicarnos a la reconstitución de nuestras energías nacionales y a olvidar todo género de pasados agravios, que de venir a ejercitar la elocuencia con cierto género de párrafos románticos que ya van estando pasados de moda en la literatura contemporánea»³⁰.

Las discusiones de Enrique Gil y Robles con la mayoría conservadora no se quedaron reducidas solamente a esta cuestión. Las consecuencias del «desastre» fueron relacionándose indirectamente con otros debates. El 21 de marzo de 1904, don Enrique reclamó en las Cortes un aumento de los presupuestos militares destinados a fortalecer el Ejército. Un deseo difícil, pues el Ministro de Economía, Fernández Villaverde pretendía a toda costa un presupuesto equilibrado. No obstante, si el Gobierno antes de 1898 hubiese prestado una mayor atención a nuestras fuerzas armadas, especialmente a la Marina, la derrota frente a la poderosa flota de guerra de los Estados Unidos se podría haber evitado. En aquel entonces, el Presidente del Consejo de Ministros era Maura, para quien la máxima preocupación era el estado de la Hacienda española:

«El Sr. Gil Robles muestra un noble anhelo, que todos sentimos. ¿Quien no quisiera ver a su Patria fuerte y poderosa, y qué Gobierno no lo habrá procurado? Pero considere S.S. que una de las mayores dificultades de la política española hoy, es compaginar, transigir estímulos tan opuestos como el tener elementos armados para la lucha por mar y tierra y no perjudicar el crédito, que es una gran fuerza, la normalidad de la Hacienda, que es el nervio mismo de ese crédito, y en esas compensaciones, en esas transacciones, en esos equilibrios, estamos todos marchando ciertamente, pero con gran cuidado los unos y los otros. (El señor Gil Robles: Esa es la política del Sr. Villaverde)»³¹.

Desde un punto de vista histórico Gil y Robles tenía razón en pedir un aumento presupuestario para la Marina. Si repasamos mínimamente la Historia nos sorprende el dinero despilfarrado con el que se podría haber dotado a España de una buena escuadra de guerra, muy similar a la estadounidense; veámoslo. En 1887 se aprobó un plan para construir una Escuadra capaz de mantener los restos del Imperio colonial español. Para ello, se concederían unos créditos anuales de 19 millones de pesetas. El plan duraría hasta 1897, año en el que de haberse cumplido, España hubiera tenido nada menos que 208 nuevos barcos.

³⁰ DSC, 26 de noviembre de 1903, p. 2344.

³¹ DSC, 21 de marzo de 1904, p. 4546.

De los cuales 160 para misiones de guerra y 48 para misiones especiales. Entre los primeros habría 21 cruceros de varias clases, 138 torpederos y un Transporte. Entre los segundos, según dice Rafael Casas de La Vega, habría 28 cañoneros y 20 lanchas de vapor. Todo este plan no se llevó a cabo, por desgracia.

«Nuestro presupuesto –dijo el diputado Llorens en el Congreso el día 26 de mayo de 1898– nos habría permitido conseguir una escuadra como la italiana, si el desorden no hubiera sido la musa de nuestra Administración. Cantidades consignadas para buques han servido para construir paseos en determinadas poblaciones»³². En este mismo libro, como indica, Casas de La Vega, se cita la opinión de Maura sobre el mismo tema: «(...) más que pobres somos malos administradores, puesto que el dinero que debía dar por resultado barcos, produce todo menos barcos»³³. Y el 3 de mayo de 1898, el señor Canalejas puntualizó en la Cámara: «La Escuadra de los Estados Unidos ha sido construida con un esfuerzo que era también accesible a nosotros»³⁴. Por tanto don Enrique tenía toda la razón al pedir un aumento presupuestario para la Marina de Guerra española. Maura y Canalejas ya se dieron cuenta en 1898.

CONCLUSIÓN: ILUMINAR UNA FIGURA DESCONOCIDA

El objetivo de esta comunicación ha sido presentar por primera vez cual fue la solución para el «desastre» de un gran pensador católico como fue Enrique Gil y Robles. Los intelectuales de su tiempo, incluso los que estaban en el polo opuesto le consideraban como un gran intelectual y le profesaban una gran admiración. Giner de Los Ríos, como hemos visto, admiraba a don Enrique y el Ateneo, no dudó en pedir al ilustre salmantino, cual era su opinión sobre la solución regeneracionista de Joaquín Costa. Asimismo no dudó en defender en el Congreso lo que para él era la dignidad nacional. Espero que esta comunicación haya servido para profundizar en el conocimiento de las soluciones de la Iglesia para la regeneración de España.

³² Fernando DE BORDEJÉ Y MORENCOS, *Vicisitudes de una política naval*, San Martín, Madrid, 1978, p. 22. (Citado por Rafael CASAS DE LA VEGA, *Franco militar*, Ávila, Fénix, 1995. p. 24.)

³³ Rafael CASAS DE LA VEGA, *op. cit.*, p. 24.

³⁴ *Ibidem*, p. 25.